

NÚM. 10.

30 NOVIEMBRE 1887

AÑO III.

DEL TOMO V.

NÚMERO 48.

REVISTA
DE
VIZCAYA.



DIRECTOR
VICENTE DE ARANA

SUMARIO

JAUN ZURIA Ó EL CAUDILLO BLANCO, (continuacion), por **Vicente de Arana.**

DIARIO DE UN ESPÍA... MALGRÉ LUÍ, por **Genaro Alas.**

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS: ENRIQUE BROADHURST, por **Camilo de Villavaso.**

ODA A MARIA ANA CARLOTA CORDAY, por **Victor Suarez Capallaja.**

LAS TRES DE LA MAÑANA, por **Enrique Coll.**

LA GRANDEZA DE LA CREACION, por **Jesús de Velasco.**

UNA EXPEDICION AL POLO SUR, por **Flugeln.**

CRÓNICA LOCAL, por **Jocundo de Gatika.**

SECCION DE CURIOSOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calles Ercilla y Henao, A—Ensanche.

Bilbao.



ESCRITORES
DE LA
Revista de Vizcaya.

- | | |
|---|----------------------------------|
| <i>Argos.</i> (D. Sabino de Goicoechea. | D. Benito de <i>Goldaracena.</i> |
| D. Alfredo <i>Alvarez.</i> | » Julio de <i>Lazúrtegui.</i> |
| » Federico de <i>Areitio.</i> | » Marcial <i>Martinez.</i> |
| » Ricardo <i>Becerro de Bengoa.</i> | » Ismael de <i>Olea.</i> |
| » Arturo <i>Campion.</i> | » Fidel de <i>Sagarminaga.</i> |
| » Juan Ernesto <i>Delmas.</i> | » Antonio de <i>Trueba.</i> |
| » Eduardo <i>Delmas.</i> | » Miguel de <i>Unamuno.</i> |
| » Julio <i>Enciso.</i> | » Camilo de <i>Villavaso.</i> |

NOTA

*La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta **Revista** corresponderá á los autores.*

AUTORES Y EDITORES.

Se anuncian todas las obras que se remiten á esta redaccion y se juzgan en la *Revista Critica.*



JAUN ZURIA
ó
EL CAUDILLO BLANCO

LEYENDA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO IX.

SEGUNDA PARTE.

LA BATALLA DE PADURA.

(CONTINUACIÓN.)



ue no pensais en ellas, Rodolfo! ¡Que no pensais en las doncellas de Orendain! ¿Por qué entónces no habeis cesado de hablar de ellas, y principalmente de Aura, desde que nos pusimos en camino? ¿Negareis que Aura de Orendain es una jóven encantadora, y que su hermosura ha dado al traste con vuestra real ó fingida aversión á las mujeres?

—No hablarais así, noble amigo mio, si supiéseis mi historia, si conociérais la tremenda desgracia que me obligó á dejar mi pàtria, la hermosa tierra de Suabia, para buscar léjos de ella el sosiego y el olvido. Pero no quiero quebrantar mi firme propósito de no hablar jamás de estas cosas.—¡Las mujeres!—añadió después de una corta páusa.—Loco, y mil veces loco es quien en ellas pone su amor y su confianza.

—¡Cuánto siento que no hayais cambiado de modo de pensar! Creía que durante nuestra estancia en Murelaga se había operado en vos una venturosa transformacion, y deleitábame esperando que Aura de Orendain lograria disipar por completo con su sonrisa esplendorosa la negra nube que constantemente oscurece vuestra frente. Seguro estoy de que Aura os habria hecho feliz, y os habría mostrado que si hay mujeres, aunque pocas, que en mal-dad dejan atrás á Satanás mismo, hay otras en cambio que son buenas como los ángeles. Vuestra insensibilidad me asombra y me entristece, y sin embargo quisiera en esta ocasion ser tan insensible como vos. La patria está en peligro, y solo en ella debía yo pensar ahora. El deber me llama al Mediodía, pero ¡ay de mi! mi corazon está en el Norte. Por otra parte, durante toda mi vida debía yo haber permanecido fiel á la memoria de mi buena esposa, de mi amada Iñiga. El corazon que fué suyo no debía yo haberlo dado jamás á mujer alguna. ¡Qué desgraciada suerte la suya! Mas le valiera haber sido hija de un pordiosero que del egregio Cenon, último señor de Vizcaya. Entonces el desnaturalizado y ambicioso Sancho de Zaldube, su pariente, no habría asesinado á su hijo en sus brazos; entonces no habría ella muerto de sentimiento por tan lamentable pérdida. ¡Ah! Sancho deseaba suceder á Cenon; el de Zaldube aspiraba al poder sepremo. Pero de nada le sirvió su crimen; el miserable murió á manos del verdugo.— ¡Qué horribles sucesos! Apesar de los años transcurridos. me estremezco al pensar en la muerte de mi hijo, en la de su malaventurada madre, y en la ejecucion del asesino. ¿Qué habría yo contestado entonces á quien me hubiese dicho que andando el tiempo daría yo mi corazon á otra mujer? Asi ha sucedido sin embargo. ¡Ojalá no hubiésemos aceptado la invitacion de Ochoa de Auleztia; ojalá no hubiésemos ido á Murelaga cuando el anciano caballero nos llamó á festejar con él el quincuagésimo aniversario de su enlace con la rica-hembra de Mendilibar! ¿Os acordais de aquella hermosa noche en que llegamos á Murelaga? Si alguien me hubiese dicho entonces que allí iba á perder mi reposo, habría vuelto enseguida á la torre de Montalban. ¡Qué noche aquella, Dios mio! ¿Podré olvidarla jamás? ¡Qué afectuosamente nos recibió el de Auleztia! ¡Con qué placer nos presentó á aquellos de sus huéspedes que no nos conocian! ¡Qué elogio nos hizo de la hermosura, de la bondad y de la discrecion de Estrella y Aura de Orendain, á quienes, por

haberse ya retirado á su aposento, no podía presentarnos entonces! Tambien nosotros nos retiramos pronto, suponiendo que los moradores de la torre, que durante todo el día habian estado cazando y que debian estar muy fatigados, nos lo agradecerian muchísimo.—A media noche tuve una horrorosa pesadilla. A los piés de mi lecho habia una tumba, una tumba cubierta de ranúnculos, de miosotis y de margaritas. La tumba se abría y de ella se alzaba una mujer. Era mi esposa, mi amada Iñiga. No habia brillo en sus ojos, ni color en sus mejillas, ni expresion en su semblante. Se acercó á mi lecho, é inclinándose á mi, me abrazó y puso sus helados labios sobre mis labios de fuego. Luego forcejeó para arrastrarme al sepulcro, y yo desperté sobresaltado.—Despues no pude ya pegar los ojos; así es que me levanté antes de amanecer, y como en la alcoba me ahogaba, salí al ancho y oscuro corredor de la torre. Pero, qué terror experimenté entonces! Sentí pasos detrás de mí y en el mismo instante oí una voz—¡oh qué voz!—la voz más dulce y más hermosa, la voz que en otro tiempo me era más grata, pero que en aquel momento heló la sangre en mis venas—la voz de Iñiga, mi difunta esposa. Sobrecogido de terror, me arri-me de espaldas contra el muro, como si en él quisiera incrustarme. Despues de la voz de Iñiga se oyó la de otra mujer. Ambas pasaron hablando por delante de mí, sin verme. Tan profunda era la oscuridad. Yo las seguí, sin saber lo que hacia, y las ví entrar en la capilla, en la que constantemente arde una lámpara. Allí se pusieron á orar á media voz, y pude entonces, sin ser visto, contemplar desde el oscuro corredor sus hermosísimos rostros. Ninguna de ellas se parecía á Iñiga. Y aunque las dos eran hermosísimas, lo era en tan sumo grado aquella cuya voz era semejante á la de mi esposa, que gustoso me hubiera hincado de rodillas y la hubiera adorado como á una deidad. Desde entonces la amo locamente; desde entonces amo locamente á Estrella de Orendain, y del mismo modo he de amarla mientras me dure la vida. Por eso siento, querido Rodolfo, haberme engañado al creeros prendado de su bella hermana Aura.

—Yo no puedo amar, amigo mio. La guerra es por ahora mi única pasión. Por eso me alegré en el alma cuando vino á interrumpir las fiestas de Murelaga la inesperada nueva de que leoneses y asturianos habian penetrado en tierra de Alava, y se aprestaban á invadir el Señorío. Grandes acontecimientos se pre-

paran, y si sabeis sacar partido de ellos, pronto sereis caudillo y señor de Vizcaya.

—Si; lo seré, mal que les pese á muchos. ¿No acordaron los vizcaínos reunidos so el arbol de Guernica que el Señorío se diese al que más se distinguiera hostilizando á los asturianos y haciendo incursiones en su territorio? ¿Quién ha penetrado tan adentro en las tierras del Rey de Oviedo, quién le ha vencido en tantos encuentros, quién ha saqueado tantas villas como yo? Y cuando nuestros implacables enemigos desembarcaron en Básigo, y se vió sériamente amenazada nuestra independiencia, ¿quién los deshizo en las deleitosas márgenes de Estépana? ¿Quién echó á pique sus bajeles? ¿Quién les obligó á suscribir el tratado de paz que ahora —¡villanos!—se aprestan á violar?

—Por eso os admira y os adora el pueblo; por eso quiere alzarnos sobre el pavés, y proclamaros caudillo y señor de Vizcaya.

—Yo os juro, Rodolfo, que el pueblo verá colmados sus deseos; yo os juro que los magnates que contrarían mi eleccion, los magnates que oponen obstáculos á la reunion de la Asamblea, porque saben que empezaria por aclamarme, verán frustrados sus ambiciosos designios. No quieren que yo ocupe el puesto de Cenon, porque saben que los tendré á raya, que haré cesar las luchas intestinas, que castigaré á los tiranuelos y protegeré á los humildes y á los desvalidos, que pondré fin al derramamiento de sangre, al pillaje y á la devastacion. Vizcaya será otra vez libre, y el vizcaíno más humilde estará tan seguro en su hogar como el más poderoso monarca guardado en su alcázar por centenares de valientes y leales caballeros.

—¿Creeis que llegaremos á tiempo para impedir que el enemigo pase la frontera? Yo temo que á esta hora las huestes del príncipe de Leon se hallen ya en tierra vizcaína.

—No puede ser. Alguna resistencia opondrán nuestros buenos hermanos de Alava, aunque los han encontrado desprevenidos; y por otra parte, pocos pero valientes soldados guardan los pasos de las montañas. Fuerza es confesar que no han perdido el tiempo los dignos magistrados á quienes los vizcaínos en su última Asamblea so el roble de Guernica encomendaron el gobierno del Señorío. En cuanto han tenido noticia del peligro, han hecho tañer las cinco bocinas y han ordenado quo todos los vizcaínos capaces de llevar las armas, menos los que habitan los pueblos de las fronte-

ras del Oeste y del mediodía, se congreguen sin pérdida de tiempo en Amorebieta, y si no han nombrado un caudillo que los lleve al combate, ha sido porque no tienen poderes para ello. Espero que llegaremos á la frontera antes de que la franqueen las huestes de Ordoño el Malo y de Odoario.

—Dicen que el príncipe de Leon es un caudillo hábil y valerosísimo, y que no le vá en zaga el cuñado del rey su padre. Pero ¿será cierto que, como aseguran, el príncipe, se halla enteramente amilanado porque un agorero ha predicho que en esta guerra morirá el caudillo de los asturianos? ¿Será cierto que por eso ha dejado el mando del ejército á su tío Odoario, y que está decidido á pelear como simple soldado en todos los encuentros?

—Allá lo veremos. De todos modos espero que con la ayuda de Dios lograremos vencerles. Lo que importa es hacer que Sancho Estiguiz, mi noble deudo, se decida á unir sus mesnadas á las de Vizcaya.

—¿Y esperais conseguirlo?

—Sin duda alguna. Deséalo él tan fervientemente como yo mismo, y no dudo que lograré disipar los escrúpulos que le detienen en Euba. Ahora está indeciso, y no sabe si seguir adelante á juntarse con sus hermanos en Amorebieta, ó volverse á su buena y leal villa de Tabira; pero en cuanto yo le hable cesarán sus vacilaciones, y vendrá con nosotros.

Rodolfo no contestó; pero, á juzgar por la expresión de su semblante, no estaba tan seguro como su compañero de que el conde de Tabira Sancho Estiguiz se dejara convencer. En cambio, Lope Fortun, que estaba seguro de ello, y que no dudaba de que con la ayuda del valiente y poderoso conde los vizcaínos rechazarían al audaz invasor, volvió á fijar su pesamiento en la hermosa jóven que dejara en la torre de Auléztia.

¡Cuánto la amaba! Y si no perdía la vida en la guerra, con qué apresuramiento correría á arrojarme á sus piés, y ofrecerle su corazón y su mano! ¡Qué feliz había de hacerla! ¡De qué tiernos cuidados la rodearía!

Tan embebecido estaba en estos dulces pensamientos, que ni lo accidentado y pintoresco del tortuoso camino, ni las lindas flores que adornaban sus orillas, ni el murmullo de los arroyos, ni el canto de los pájaros que daban la despedida al día, ni las verdes y risueñas vegas que se extendían á sus piés, ni los gigantescos é

imponentes peñascales de Mañaria y de Urquiola que se alzaban á lo lejos, ni el rumor cada vez más audible del cercano campamento, lograron ya distraerle por un solo instante. Solo salió de su arrobamiento cuando al llegar á Euba, en la margen derecha del rio de Urazango, hoy de Durango, fué reconocido y aclamado por las gentes del conde de Tabira.—¡Viva Lope Fortun! ¡Viva Lope Fortun *el Blanco!*—gritaban todos.—¡Viva el valiente hijo del egregio Lope Fruiz, señor de Montalban!

Muchos victoreaban tambien á Rodolfo, cuyo valor era bien conocido.

El nombre de Lope Fortun, apellidado *Zuria*, ó sea *el Blanco*, corrió en breves instantes por el ámbito del campamento. Los guerreros más distinguidos se agrupaban el torno del noble vizcaino, y le abrazaban con la mayor efusión.

—¿Y el conde?—preguntó Lope Fortun.

—Debe hallarse en Berna ó en Ercilla-arrate,—le contestaron;—pero han ido á avisarle de vuestra llegada, y no puede tardar.

Lope Fortun hubiera querido salirle al encuentro, pero como no se sabia á punto fijo donde estaba ni donde vendría Sancho Estiguiz, determinó esperarle; y dejando al cuidado de sus escuderos su caballo y el de Rodolfo, se dirigió lentamente, en compañía de este y de otros muchos caballeros, hácia la tienda del conde, que estaba plantada no lejos de allí en la orilla misma del rio, y junto á un vetustísimo puente casi enteramente cubierto de hiedra.

Poco tiempo hacía que los caballeros estaban conversando delante de la tienda del caudillo, cuando se oyó el galopar de algunos caballos, y apareció en el puente Sancho Estiguiz, que todavía estaba en todo el esplendor de la edad viril, caballero en un briosisimo corcel negro como la noche, y rodeado de otros jinetes no ménos bien montados.

Todos echaron pié á tierra, y el conde abrazó cordialmente á Lope Fortun y Rodolfo, en medio de entusiastas aclamaciones.

—Sed bienvenidos, amigos míos;—exclamó Estiguiz. ¿Qué puede hacer en vuestro servicio el conde de Tabira?

—No somos nosotros, sino Vizcaya, la que ahora pide vuestros servicios, señor;—contestó Zuria.—Sus enemigos se aprestan á invadirla, y espera que no la negareis vuestro auxilio en tan terrible trance.

—¿Qué deseaba yo tan fervientemente como correr en ayuda de

Vizcaya, y verter por ella toda mi sangre?—replicó Estiguiz.— En cuanto tuve noticia de que Ordoño el Malo y Odoario se disponían á penetrar en Vizcaya al frente de un poderoso ejército de gallegos, leoneses y asturianos, hice tañer las bocinas en los montes más altos del condado, llamando á las armas á todos sus pobladores, y estos, como siempre, acudieron con presteza á mi llamamiento; así es que pronto mi buena y leal villa de Tabira de Urazango se halló de bote en bote llena de guerreros. Pero ¡ay! entónces, algunos aviesos clérigos, dando al olvido mis continuos beneficios, y la atención que siempre me han merecido ellos y sus templos, se pusieron á hablar de lo que ya sabeis, y que estaba ya casi completamente olvidado. Hasta llegaron á decir que los clérigos de Vizcaya se opondrían á mi entrada en ella, y que fulminarían sus censuras contra los caudillos vizcaínos si me permitían pelear á su lado. A pesar de todo, desplegué mi estandarte, y nos pusimos en camino para Amorebieta, donde, según noticias, debían acampar los de Vizcaya; pero al llegar á Euba, tales cosas se me dijeron de la actitud de la clerecía vizcaína y de una parte del pueblo, que sin saber que hacer, si volverme á Tabira ó continuar mi marcha, mandé plantar aquí las tiendas mientras llegaban otras noticias.

—No debimos hacer caso de aquellos insensatos rumores—exclamó á esta sazón el fogoso Adam de Echàburu—Por afilada y cortante que sea la lengua de los malos clérigos, todavía corta mejor el filo de nuestras espadas. Siempre hemos estado al lado de Vizcaya, y en este momento supremo no debemos abandonarla. Desde que hace ciento catorce años los vizcaínos segregaron del Señorío el hermoso condado de Tabira para dárselo á vuestro abuelo Sancho Aznar (1), hemos tomado parte en todas sus empresas, y les hemos auxiliado en todas sus tribulaciones, como buenos y leales hermanos. ¿Dejaremos ahora por primera vez de cumplir con nuestro deber? Nosotros que jamás retrocedimos ante las lanzas, las espadas y las ballestas, ¿retrocederemos ahora ante la charla mujeril de algunas docenas de tonsurados?

—Bien hablado, Adam de Echàburu!—se atrevió á decir enton-

(1) A Sancho Aznar, primer señor del territorio que ahora se llama el *Duranguesado*, sucedió su hijo Ortun Sanchez, y éste casó con Evenga Esteris de Arandoño, de quien tuvo á Sancho Estiguiz.

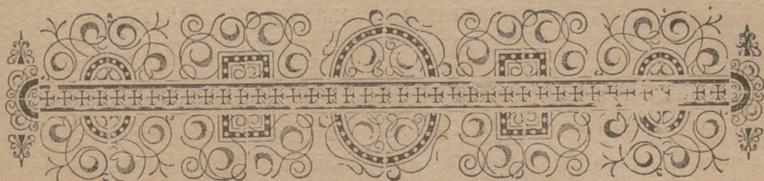
ces el imberbe señor de Gurdiacho.—Y dirigiéndose al conde de Tabira, añadió:—Nuestro puesto está al lado de los vizcaínos, señor —así chillen, y se desgañiten, y arrojen el hígado por la boca los maldicientes! Si hacen tanto ruido es porque habeis querido atajar su insaciable codicia; porque no habeis favorecido sus planes de rapiña; porque no les habeis dado los beneficios de los legos; porque no quereis despojar de los patronazgos à sus legítimos posesores.

—¡A Vizcaya, señor! ¡A Vizcaya!—gritó Zuria.—Cese ya vuestra irresolución. Hemos venido à buscaros, y no nos dejáreis partir solos.

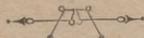
—¿Pero os atreveríais à presentaros à los vizcaínos en compañía del maldito, del excomulgado? Mirad que si lo hicierais se trocaría tal vez en aborrecimiento el amor que ahora os tienen. Meditadlo bien, Lope Fortun. ¿No soy yo acaso el réprobo que por amor à una mujer profanó el templo del Señor? Con todo, la mujer era tan buena, tan virtuosa, tan santa, que bien pudiera perdonármese que la haya adorado. Pero ¿acaso no la adoraban cuantos la conocian? ¿Dónde se vió jamás un dechado de perfecciones semejante à mi amada esposa, à mi adorada Tida, à la bella hermana del noble Cenon, caudillo de Vizcaya? Era demasiado buena para morar en la tierra, y por eso Dios la llamó así. Pero no quiso arebatármela sin que me dejara un recuerdo y un consuelo. La infeliz murió al dar à luz una niña, la bella Dalda, que es ahora el único encanto de mi vida. ¿Es maravilla que la pérdida de una esposa tal me dejara sumido en el más profundo dolor, ni que por rendir culto à su memoria, por respeto à sus incomparables virtudes, la hiciese sepultar en el templo de San Pedro de Tabira, inmediato à mi casa señorial? Pero los clérigos se alborotaron. Dijeron que en el interior de los templos solo se debía enterrar à los prelados y sacerdotes que morian en olor de santidad, y que por tanto yo había cometido una horrible, una sacrilega profanacion. Fui, pues, excomulgado, y se me hizo saber que no se levantaría la excomunion mientras no hiciese sacar del templo los despojos mortales de mi inolvidable Tida. Pero yo juré que antes me sacarían del pecho el corazon.

CONTINUARÁ

VICENTE DE ARANA.



Diario de un espía... malgré lui.



Miércoles, 7 de Setiembre.

Carcassonne es la capital del departamento del Aude; dista de Castelnaudary, 36 kilómetros, que los trenes omnibus recorren en poco más de una hora: las estaciones intermedias son Pexiora (pronúnciase Pecherá), Bram, Alzonne y Voisins, que suena en boca del mozo de estacion Pezens; en las cuatro había trenes militares en los apartaderos, oficiales y soldados en las oficinas; y á través de las vallas, en las casas más inmediatas, se vislumbraban uniformes, caballos y material de artillería. Había salido de Castelnaudary á las diez de la mañana, despues de haber presenciado la llegada de los carros de subsistencias regimentales á la factoria de la Administracion militar, medio indirecto de comprobar la presencia en los cantones de las tropas de la 33^a division; y por cierto que los jamelgos, alquilados por diez francos diarios, eran tratados á la baqueta por los reservistas conductores de los carruajes; digò esto, porque el trote violento era el aire ordinariò de marcha, y aquellos alegres meridionales hacian gala de sus conocimientos automedònticos, muy comunes en un pais en que las lavanderas, panaderas, vendedoras de hortaliza y otras muchas menestralas guían sus carretas con un aplomo y una apostura, que

no harían mal papel en la Castellana; hasta los curas de los pueblecillos en vez de montar jamelgos mejores ó peores, como en nuestras aldeas, tienen birlochos, que ellos mismos guían con gran soltura.

Al apear me en la estación del Cementerio, en Carcassonne, vi dos individuos cuyo traje y apéndices denunciaban dos correspondientes de periódico ilustrado, es decir con láminas; toméles por columna de humo y tras de ellos atravesé el hermoso puente sobre el canal del mediodía, y una enorme calle, no muy elegante, pero sí cuajada de comercios muy bien surtidos, bastante transitada por peatones, y estrecha y mal pavimentada; salimos por una puerta de la fortificación antigua, y llegamos á la gran plaza de armas, que reconocí al momento, por que en ella había instalado la A. M. los hornos de campaña, y el campamento de la factoria; mis guías presentaron al centinela su verde tarjeta, y penetraron en el recinto; yo di la vuelta en redondo, sin perderlos de vista; y desde un portal asesté mis gemelos á los resquicios, que dejaban las puertas de tela de las tiendas de campaña. Tres cuartos de hora duraría la inspección, los correspondientes retrocedieron lo andado, y fuimos á alojarnos á la fonda de la Estación, en frente de esta, y separada por el canal. Cuando, despues de tomar posesion de mi cuarto, bajé al comedor, no estaban allí aquellos caballeros; el garon me dijo que no almorzarían en la casa. Huérfano otra vez, salí despues de almorzar dispuesto á tomar la primer carretera, que sin duda me llevaría á alguno de los cantones de la 34^a division, cuyo cuartel general era Carcassonne. Un carruaje de subsistencias, y el lujoso vehiculo de la cantinera del 83 de línea me revelaron que caminaba en direccion á Lavalette. Como la mayor parte de mis observaciones militares las he consignado en los artículos que publicó el *Imparcial*, omitolas aquí; y ruego al lector que conmigo se traslade otra vez á Carcassonne. Las cuatro serían cuando, libre ya de mi papel de espia, empezaba la ascension del monte coronado por el recinto de la antigua Carcassonne, precioso recuerdo de la arquitectura militar del siglo XIII, que hoy se restaura activamente y con gran inteligencia sobre los planos, que dejó el malogrado Viollet-le-Duc.

Mas de kilómetro y medio mide el recinto exterior, compuesto de cortos lienzos de elevada muralla, flanqueados por cincuenta torres; y en su interior otro recinto á corta distancia, viene á reunirse al primero en la ciudadela, ó castillo, uno de cuyos frentes

está defendido por un foso profundo. Estas dos cinturas formidables, para épocas lejanas, encierran una poblacion fosil, de calles desiertas, tortuosas, estrechas y empinadas, de casas bajas, sin huecos para aspirar la poca luz, y la escasa ventilacion que circula por las calles. Más de media hora llevaba recorriéndola, sumido en pensamientos que me alejaban del presente, y que no turbaba alma viviente alguna, cuando detras de una estrechisima puerta resonó un alegre coro de carcajadas infantiles; la curiosidad me hizo entreabrir la puerta; en un pequeño, pero bonito jardin ví una multitud de niñas de cuatro á once años entregadas á sus juegos, que presidian dos monjas, y algunas señoras, madres ó hermanas sin duda de las pensionistas. Vinome á la memoria aquella antigua adivinanza ó cosa así:

Pobre flor! donde naciste!
desgraciada fué tu suerte,
que al primer paso que diste
tropezaste con la muerte.

Y deseoso de aire, luz y vida busqué apresuradamente la primer salida, que fué afortunadamente la puerta Narbonesa; y en pocos minutos me vi sobre el viejo puente, por bajo del cual pasa el rio, dividido en someros y estrechos ramales ceñidos por las rocas de su duro lecho. Desde allí me esforcé en buscar la torre inclinada, que segun la tradicion está asi por un esceso de cortesia; pues cuando Carlo magno sitió la ciudad antigua, que defendía por los moros *dame Carcas*, se vió obligado á levantar el cerco, en ocasion en que ya los sitiados no tenian que comer; y la altiva castellana, al ver desaparecer las huestes del emperador, hizo sonar sus trompas moriscas. «Sire, Carcas te sonne» advirtieron los de la retaguardia; volvió grupas el emperador, y una torre, quizás la más hambrienta, saludó al piadoso vencedor, sin que hasta la fecha se haya incorporado.

Más de una hora me llevó recorrer los anchísimos bulevares que rodean la poblacion; por cierto que sentado en un banco de piedra, contemplando la estatua de Armand Barbés, se me acercó una limpia-botas, y como yo rehuyera sus servicios, me dijo con lastimosa voz—*Oh monsieur, faites-moi gagner un sou*—era la primer limosna que me pedian en tierra francesa, y aun esa no era realmente limosna. No sé precisamente quien era Barbés; solo recuerdo que el globo, en que salieron de París, sitiado por los alemanes,

Gambetta y Spüller, llevaba su nombre; la estatua es de tamaño mayor que el natural; Barbès está representado en actitud belicosa, empuñando un descomunal fusil, y en traje moderno; en el pedestal hay una inscripción que viene à decir que es mejor morir que vivir esclavo; y arrimadas al pedestal había una docena de coronas, muy ajadas; la dedicada por el departamento mediría sus dos metros de diámetro.

Por la noche, despues de una comida succulenta para el precio (3,50 francos), supe en el café que comia en la prefectura el general Breart, que venía à arreglar la cuestion de cantones de la 34.^a division; dirijime al bulevar, y paseando entre unos magníficos plátanos, que son el orgullo departamental, gocé de la música del 15 de linea, que tenia mas de orquesta que de música militar. Concluyó la serenata con la marsellesa; al parecer el público hubiera querido oír el célebre himno «En revenant de la revue» pero el general Breart, como la mayor parte de los generales franceses, no oyen con gusto nada, que les recuerde à su inquieto colega el general Boulanger.

Al regresar à la fonda pasé entre los carruajes del hospital de campaña; los caballos atados al piquete, y los hombres durmiendo con la cabeza apoyada en los bastes de los mulos, debajo de los árboles frondosos, y en la penumbra de la luz del gas, presentaban un aspecto pintoresco, que contemplaban muchos curiosos y curiosas; estas últimas personas decentes, pues al parecer Tolosa había atraído hácia si todo el elemento femenino irregular.

En Carcassonne como en Castelnaudary se me antojaba que no era tan extranjero como en Tolosa; y debe ser que esas poblaciones pequeñas del mediodia de Francia conservan mejor el sello uniforme, que los tiempos pasados han puesto à los habitantes de las dos vertientes del Pirineo, y que en las grandes ciudades se borra al contacto de la cultura refinada, que irradia de París. Sea esto ú otra cosa, conservo un agradable recuerdo de esas dos poblaciones.

Juéves, 8 de Setiembre.

De vuelta à Castelnaudary, y ya cerca de Pexiora, lejanas columnas de humo, y ruidos confusos señalaban hácia el sur de la via férrea los ejercicios de brigada, que la Depeche anunciaba en el programa militar del día; pero yo atendía tan solo à mi impaciencia de

llegar al Grand-Hotel, para examinar la cabalgadura que habia dejado encargada á la gran *dame*, y que habia de ser mi compañera (la cabalgadura) en mi exploracion del terreno de las maniobras el juéves, y en el curso de la accion del viérnes. Tengo la firmísima creencia de que solo suceden las venturas inesperadas; cuando sobre cualquier cosa se me ha ocurrido hacer castillos en el aire, casi siempre en aire se han quedado; y por cierto que si á tal juego de la imaginacion llaman los franceses *chateaux en Espagne*, de buena gana los llamaría yo en adelante *chevaux en France*.

Despues de una dramática relacion de los trabajos y fatigas que la *dame* habia experimentado para satisfacer mi deseo en aquellas apuradas circunstancias, entregóme una *petite cravache*, algo estropeada, pero tan delicada é inofensiva que me pareció mensajera de un indómito y susceptible potro; seguí á la *dame* á la caballeriza, y alli con un ademan digno de la Ristori me dijo—Voilà votre jument—Lo que yo dije ni ella lo entendiò, ni aquí puedo repetirlo; pero comprendió que no me resignaba á montar aquella girafa, que me habia traído dos veces desde la estacion, y con una dignidad admirable, y una seguridad de mal agüero me dijo por toda explicacion—Eh bien, monsieur, cherchez vous meme; j'ai pas trouvé autre chose.—Busqué si, pero no encontré; el único *maquignon* del pueblo me recibió de mala manera, y apenas se dignó contestarme; empezaba el fantasma del espionaje á serme fatal.

La esperiencia me demuestra á cada paso que no deben apreciarse los incidentes de la vida, ni aun las personas y demás seres que en ellos intervienen, en ayunas; pedí el almuerzo, y durante él trabè animada conversacion con un caballero, cuya dición parisiense ponía á prueba mi incipiente habilidad en la inteligencia del idioma; ya á los postres entró la alegre banda de comisionistas, y el de marras repitió su enérgico apretón de manos y el obligado «buenos tardos, señorito» eran las once de la mañana. Al levantarme de la mesa ya conocí el benéfico influjo de una conveniente alimentacion solida y líquida; dirijime á la cuadra, y me convencí de que aquello en realidad era un caballo, y que todo caballo trota y galopa; mandé ensillar mientras salía á tomar café, y para no ponerme de mal humor no traté la cuestion de precio.

Al pasar por el café de la Prensa sentí que me chistaban; era el caballero del almuerzo; acepté su invitación y de confidencia en

confidencia resultó que era un redactor de la France, corresponsal para la movilización; mostròme su envidiable tarjeta verde, y un plano del terreno de las maniobras, del depósito de la guerra; previo su permiso completé con aquèl el mio, que me había costado quince céntimos en Tolosa. Mientras me apresuraba á trasladar montes, rios, pueblos y carreteras, Mr. Emile Clerc, que así se llamaba, me espetó un elocuente discurso sobre política exterior é interior de la Francia; y como á cada momento me decía:—¿Pas vrais, monsieur?—y, yó sin entender palabra, contestaba;—Parfaitement, monsieur—quedamos amigos y aún creo que correliigionarios. De estas abdicaciones de mi propia opinión, de las que di una triste prueba en la zapatería de Tolosa, me valía constantemente para crearme una atmòsfera de simpatía, tan necesaria en país extranjero.

Eran las doce y media cuando mi jamelgo, remolcado por el mozo de cuadra, salía á regañadientes á la puerta del hotel; no tuve valor para atravesar el pueblo, y mandé al mozo que se adelantara á la carretera de Villasavary; pedí á la dame unas espuelas, pero no las habia, y además me aseguró que no hacían falta; era un eufemismo, para no decirme que eran inútiles. Blandí dos ó tres veces la *petite cravaché*, encendí mi puro de tres *sous*, y eché calle arriba, guiado por el gran fantasma blanco, á que iba á confiar mi destino.

Era mi objeto recorrer la llanura, que desde el ferro-carril se estiende al mediodía hasta una sierra, cuyos estribos ocupan diferentes pueblecillos; llegar hasta Villasavary, que se levanta sobre un mogote destacado de la sierra á doce kilómetros de Castelnaudary; y de paso que reconocía el teatro del simulacro del dia siguiente, podría comprobar la ocupación de los nuevos cantones de las tropas; necesitaba recorrer unos cuarenta kilómetros, y disponía de cinco horas, pues no me parecía prudente andar por aquellos andurriales en las horas en que las tropas acantonadas empezaban el servicio de vigilancia nocturna; era pues preciso no abandonar el trote casi nunca; y así lo intenté. No soy lo que se llama un jinete, pero he montado mucho, como peso poco no me canso, y como tengo el génio vivo soy de los que «hacen correr al banco del herrador»; pero esta vez ántes de un cuarto de hora tuve que darme por vencido, y resignarme á una alternativa de paso y galope borriquero cuyo término medio sería cinco kilòmetros por hora.

Esos llevaria andados cuando tropecé con una batería que se acantonaba en unos hermosos caserios, que había á ambos lados de la carretera; los artilleros estaban derribando un seto, y rellenando la cuneta para dar paso á las piezas y carruajes, que sin duda querian aparcar en un campo en barbecho. Dióme vergüenza atravesar por delante de los oficiales montados en hermosos caballos anglo-árabes, y tomé el más inmediato camino de travesía; debo advertir que el plano de aquella fertil llanura parece una libra de chocolate, gracias á la red de caminos de tres á cuatro metros de ancho que le cruzan; medio kilómetro más lejos volvía á la carretera, y otro medio llevaría andando, cuando á mis espaldas resonó un vigoroso trote, y volviéndome distinguí un uniforme de gendarme. El corazón me dió un soberano salto cuando noté que el agente de la autoridad se habia puesto al paso á mi derecha; serenéme y le miré para saludarlo; el hombre me contestó con un saludo militar, y desde luego me dijo: ¡Oh monsieur le colonel, la dame vous á donné la vielle jument de l'hotel.—Así empezó la conversación, con harta satisfacción mía, pues mediante ciertas exageraciones de simpatía á la causa francesa, el bravo gendarme que era todo un *morechal de logis*, y segundo jefe del puesto de la villa, me prometió hacer lo posible para que al dia siguiente montase mejor cabalgadura, y si la encontraba á mi gusto.—¿Vous mettez votre tunique?—me preguntó el cándido veterano; no quise decirle que me guardaría muy bien de semejante alarde, y el hombre parecia satisfecho de contribuir por su parte al brillo, que á la fiesta del dia siguiente prestaría mi presencia *en grand tenue*. Pero el gendarme llevaba un oficio para el General Vincendom; ni la *cravache*, ni los talones, ni la emulación bastaban para que mi *jument* sostuviese un trote conmovedor, terremotico, mas allá de treinta segundos; por fin soltó un par de herraduras, y esto decidió al sargento á despedirse de mí hasta la noche; en ménos de un minuto se perdia entre nubes de polvo en un envidiable galope. Otra batería atravesada en la carretera me hizo abandonarla, y yá entónces me dirijí á los estribos de la sierra, con la proa á un pueblecillo que por el plano debía ser Laurabuc; yá andaba cerca de él, cuando por un camino, que hasta entónces me había ocultado el arbolado, vi desfilar una larguísima fila de infantería; debía ser la mayor parte de la 33.^a división que venia á ocupar sus cantones en Villasavary y alrededores; seguí á su altura largo rato, hasta que se me figuró que reparaban en mí más de lo

necesario, y efectivamente asestando los anteojos encontré otros cuantos contestándome; en aquél momento hizo uno de los batallones alto; y el que venía detrás, abandonando el camino se dirigió hácia donde yó estaba; confieso mi cobardia; en el primer momento volví grupas, pero al instante comprendí que el batallón iba á alojarse en tres ó cuatro grandes caseríos que estaban allí inmediatos, y que no habia visto. Pero yá habia que seguir el camino para que no me alcanzasen, pues temía las cuchufletas de los soldados, y haciendo esfuerzos titánicos logré trotar dos ó tres minutos; lo bastante para dar otra vez en la carretera, y seguir en dirección á Villasavary. Pero al cuarto de hora comprendí que el animal no podia más, y que me exponia á pasar la noche en el camino, ó á volver á pié á la villa; como además me había hecho cargo del terreno decidíme á volver; y á eso del oscurecer (de lo que no me pesaba) dió fin esta primera salida de D. Quijote. Recibiómela *dame* con el mayor cariño, y se enteró del comportamiento de su bestia; achacó lo ocurrido á que debian molestarla las herraduras, y mandó que se la llevara al herrador; yó disimulé mis proyectos, y me diriji incontinenti al cuartel de los gendarmes.

Al cabo de media hora de visita con la señora del sargento, llegaron noticias de que Mambrú no volvia hasta la Trinidad, es decir hasta el dia siguiente. Resignéme, recomendé en el hotel que le pusieran las herraduras al rocinante, que me buscáran unas espuelas, y que me despertáran al dia siguiente á las cinco de la mañana.

La comida alegre, gracias al buen humor de los comisionistas, disipó mis negros pensamientos; llegué á creer en los efectos de unas buenas herraduras, de un par de piensos abundantes, y de unas espuelas; y cuando regresé del café, donde quedaron jugando al domino mis comensales, y me tendi voluptuosamente en la extensa cama, soñé aun despierto con trotes y tiempos de galope; y ya dormido barajaba en mi imaginacion el caballo del omnibus, la *dame* del hotel, los gendarmes y los espías.

GENARO ALAS.



CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS.



Enrique Broadhurst.

TRABAJADOR Y DIPUTADO AL PARLAMENTO BRITÁNICO, ACTUAL
SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DEL INTERIOR.

I.

La elevación de un simple operario que, en representación de las clases trabajadoras, ocupa hace algunos años un asiento en el primer Parlamento del mundo, á uno de los cargos más importantes, más delicados y más responsables del Gobierno de Inglaterra, ha producido recientemente no poca sorpresa y despertó grande interés, tanto por la novedad extraordinaria del hecho, como por el pensamiento firme y acentuado que revela en el señor Gladstone de elevar á las clases, hasta ahora inferiores y postergadas, haciéndolas partícipes de la gloria y de la responsabilidad de la dirección política de su país, y porque puede, en cierto modo, considerarse como el principio de una nueva era en los destinos de Inglaterra, actualmente trabajada y conmovida, como saben nuestros lectores, por problemas políticos y sociales de inmensa trascendencia, y abocada además en estos momentos á

una de las crisis más formidables y terribles de su historia, como que algunos parangonan su magnitud y su carácter azaroso con las revoluciones que cambiaron totalmente el modo de ser del pueblo inglés, á mediados y fines del siglo XVII.

Aunque la promoción de Mr. Broadhurst á una categoría política y administrativa que no había alcanzado hasta ahora en Inglaterra ningún operario, ni ningún artesano, ni soñádola siquiera, constituye por sí misma un hecho aislado y singular, y completamente excepcional, no puede dejar de verse en ella el carácter sintomático que encierra, el camino que se abre en las clases trabajadoras, hasta en las elevadas regiones, donde se forman las leyes, la representación y la importancia que van rápidamente adquiriendo, y la valía personal de algunos individuos salidos de su seno, que les hace capaces é idóneos para desempeñar dignamente y sin desentono funciones difíciles y de pesada responsabilidad, que exigen en sus titulares aventajados talentos, una sólida y profunda preparación y mucha pericia. Hasta ahora, Mr. Broadhurst se mantiene con mucha dignidad y acierto en su puesto; no ha cometido ningún dislate, ni ha incurrido en el menor solecismo de forma ó de práctica, lo que, por otra parte, sería muy comprensible, dados sus antecedentes y su situación, y hasta disculpable, teniendo en cuenta su inopinado y súbito cambio de fortuna política.

II.

Enrique Broadhurst ha sido meramente y á secas un trabajador mecánico, ejercitando su oficio, y que ha trabajado siempre á jornal, sin llegar á ser maestro ni poseer capital alguno. No ha sido obrero á la manera de esos otros muñidores políticos, que se dicen obreros sin serlo, que adoptan la blusa como un disfraz ó como una vestidu-

ra emblemática para realizar fines interesados, haciendo la carrera política de cierta manera, sin haber trabajado nunca con las manos, y que se constituyen en consejeros, apóstoles y directores de las masas para llevarlas á donde quieren, para utilizarlas como un instrumento eficaz de su ambición ó de sus miras, y algunas veces para explotarlas y conducir las por peligrosos derroteros. Monsieur Broadhurst trabajó muchos años recorriendo casi todas las ciudades de Inglaterra y robando horas al descanso, para observar y para aprender, antes de entrar á formar parte de los *Trade Unions* (Asociaciones de trabajadores), en las que no tardó en alcanzar grandísima influencia por su actividad, por su energía, por su rara sagacidad y por su profundo y extraordinario conocimiento práctico de las condiciones, de las necesidades y de los deseos de mejoramiento de los trabajadores ingleses.

Hijo de un honrado, pero pobre oficial de albañil, Enrique Broadhurst no ha pasado nunca de ser un hábil pero simple oficial de cantero. Desde la edad de doce años en que abandonó la casa paterna para ganarse la vida por esos mundos de Dios, hasta el año 1874 en que tomó el cargo importante y laborioso de secretario general de una vasta sección de los *Trade Unions*, no dejó de las manos el escópllo y la piqueta. Residía poco tiempo en un mismo lugar; ansiaba el cambio, la movilidad, la vida activa; anhelaba ver el mundo, conocerlo prácticamente, observarlo y estudiarlo, ya que ni su fortuna ni sus medios pecuniarios le permitieron emprender los grandes viajes del extranjero que ambicionaba, satisfizo, al ménos, su sed de saber recorriendo la mayor parte del territorio de las Islas Británicas. Con este modo de vivir se ha formado; con él ha adquirido el no escaso caudal de conocimientos que posee, y con él ha conquistado, por su solo esfuerzo, el puesto de Subsecretario de uno de los más

importantes departamentos ministeriales, elevación que hace muy poco tiempo hubieran diputado como un objetivo quimérico é imposible todos los trabajadores de Inglaterra.

III.

Enrique Broadhurst tiene ahora cuarenta y cinco años cumplidos. Nació el año 1840, en el pueblo llamado *Stoke Sur Trent*, y aunque sus padres eran unos honradísimos y sobrios trabajadores, sus recursos materiales eran tan menguados que no pudieron darle la menor educación literaria. Enrique no asistió á ninguna escuela, ni siquiera de primeras letras, y entre su padre, que apenas las sabía, y un sacerdote benéfico que protegía á la familia, le enseñaron malamente y en poco tiempo de curso los primeros rudimentos de la lectura y de la escritura. En cambio, desde muy niño, su padre le enseñó el aprendizaje del oficio que ha ejercido. Desvalido completamente de recursos, con el pobre equipo literario que hemos dicho, se lanzó solo y atrevido á ganarse la vida en una edad en que todavía necesitaba del abrigo amoroso del hogar, de la protección y de la solicitud de sus padres y en la que debía realmente comenzar su educación.

Autodidacta y artesano de su propia fortuna, muy bien puede asegurarse que Broadhurst ha peleado noble y rudamente en la *lucha por la existencia*, acreditando en ella la fortaleza y la constancia de los seres privilegiados á sobrevivir por su sano y acerado temple.

Sería difícil seguir á Broadhurst á través de sus correrías y peregrinaciones y de su vida de trabajo incesante, de privaciones y de sufrimientos. Para conservar su energía y adquirir algunos medios de instrucción, ha sido siempre un hombre sobrio, frugalísimo, abstencionista,

no contaminado absolutamente por los gustos sensuales, los hábitos y los vicios de las clases en cuyo centro ha vivido. Su meta ha sido redimirse de una condición ínfima y precaria y elevarse por la práctica de la virtud y por el estudio y consagrar toda su actividad, todos sus afanes y todo el fruto de su saber y de su observación á la reforma y mejoramiento de la condición moral y social de sus hermanos los trabajadores.

Pertenece al Parlamento británico desde el año 1880, y ya antes de esta época había disputado el triunfo con honor en varios distritos. Ha usado varias veces de la palabra en la Cámara, discurriendo siempre acerca de cuestiones y de proyectos que interesan vitalmente á la suerte de los operarios. Generalmente se ha producido con tanta discreción como comedimiento y tino, no aspirando nunca á los grandes efectos oratorios y patentizando un conocimiento exacto y preciso de las cuestiones especiales que debatía. Durante la anterior administración de Mr. Gladstone se le ofrecieron varios cargos administrativos, dotados con pingües sueldos, que él rehusó por no abandonar los deberes que tenía en la administración de las sociedades de operarios. Era, en efecto, antes de ser llamado á la Subsecretaría del ministerio del Interior secretario parlamentario de una de las más importantes federaciones de los *Trade Unions*, ó sea el encargado de dirigir y vigilar las relaciones de dichas colectividades con el Parlamento y con el Gobierno, de estudiar y seguir atentemente el desarrollo de los proyectos de ley y de las medidas de Gobierno que les interesan, y de iniciarlos y promoverlos en los momentos más oportunos para su logro.

Entre otros proyectos de ley de que se ha ocupado recientemente, se cuentan tres de grande importancia: uno encaminado á mejorar las condiciones de trabajo de los operarios y á aumentar la policia de los talleres y fábricas, y á

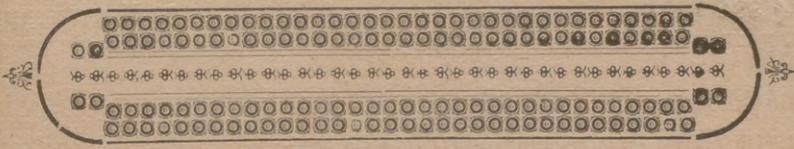
hacer más directa la responsabilidad de los patronos; otro para disminuir las costas judiciales en toda clase de pleitos; y el tercero, en fin, para abreviar y simplificar la sustanciación de ciertos juicios, entre ellos los de divorcio, sustrayéndolos á la jurisdicción de los tribunales de circuito, y encomendándolo á los magistrados locales.

Al concluir este pequeño trabajo, no debemos omitir el hecho de que, no todos han visto con placer y con satisfacción el nombramiento de Mr. Broadhurst, y que no faltan críticos y censores que acusan al Sr. Gladstone de innovador atrevido, y de haber dado un avance peligroso hacia los representantes de las clases proletarias, cuyo programa entraña un cambio radical de las condiciones sociales del pueblo británico.

CAMILO DE VILLAVASO.

Bilbao 1.º de Abril de 1886.





ODA

A Maria Ana Carlota Corday

(De Andrés Chenier)

Quoil tandis que partout, ou sincéres ou feintes

Pues qué! mientras sinceros ó fingidos
Ayes del débil ó perverso elevan
Al Olimpo á Marat, y un orgulloso
Sacerdote de éste ídolo, del cieno
Del Parnaso reptil desvergonzado,
Expectora en su altar un himno infame, (1)
¿La verdad callará? Su boca helada
Por el miedo glacial, un homenaje
Ha de negar á espléndidas acciones?
¡Qué! es tan dulce vivir? Pues qué es la vida
Cuando servil, só vergonzoso yugo
Se esconde el pensamiento tembloroso?
Jamás, jamás te admiraré en silencio
A ti que ansiaste resurgir la Francia,
Y castigar el crimen con tu muerte;
Con tu puñal, afrenta de los dioses,
Su crimen reparaste cuando dieron
A tan horrendo monstruo faz humana.

(1) Alude al himno compuesto por el diputado Andoin, en honodr e Marat.

Rompió por fin tu mano firme y cierta
 La venenosa tela de los días
 De la negra serpiente aborrecida;
 Y á los dientes y entrañas de aquel tigre
 Cuenta exigiste de la sangre humana,
 De los lívidos miembros devorados.

Vióte al morir, soberbia en tu alegría,
 Felicitarle, y contemplar tu presa;
 Entonces le decía tu mirada:
 «Marcha, tirano, á abrir la ruta á otros;
 Bañarte en sangre fueron tus delicias,
 En la tuya te baña, y cree en los dioses!»

Grecia, jóven magnánima, admirando
 Tu aliento, el mármol pario agotaría
 Para elevarte estátuas junto á Harmodio;
 Y coros ébrios de placer divino
 En tu sepulcro á Nemesis cantáran,
 Diosa tardía que al malvado hiere.

Mas Francia entrega tu cabeza al hacha;
 Y al degollado monstruo le festejan
 Sus compañeros dignos de su suerte,
 ¡Con qué noble desden te sonreiste
 Cuando, al querer vengar á tal bandido
 Otro amenazador creyó asustarte!

El, y tus jueces, y el Senado horrible,
 Y sus sayones, retemblar debieron
 Al enseñarles tu, sin miedo é inerte,
 Que el crimen, aunque sea poderoso,
 Puede ménos que aquel que morir sabe!

De amorosa alegría en la apariencia
 Largo tiempo ocultó tu alma profunda
 Del perverso el destino. Así en silencio
 La tempestad se amasa: ríe hermoso
 El cielo azul; no obstante se apareja
 Los montes á abatir y alzar los mares.

Cuando ibas al cadalso, hermosa jóven,
 Parecías marchar al himeneo
 Con la paz en la frente y en los ojos.
 Y serena, la rabia despreciaste
 Del pueblo abyecto y vil que te ultrajaba,
 Y que aun se juzga libre y soberano!

La virtud sola es libre. En nuestra historia
 Tu gloria vivirá con nuestro oprobio:
 Fuiste un hombre y vengaste á los humanos!
 Nosotros, grey cobarde, eunucos viles,
 Tartamudeamos femeniles quejas,
 Y el hierro cansa nuestro débil brazo.

Para vengar á Francia y del abismo
Sus restos arrancar, no, no creiste
Que bastára inmolar á un hombre solo.
Querias, inflamando á los cobardes,
Matar á todos esos parricidas,
Cebados con rapiñas, sangre é infamias.
No se arrastra en el cieno ya un malvado.
¡Te aplaude la virtud! Bella heroína
¿No oyes su voz augusta que te loa?
¡Oh virtud! El puñal, sola esperanza
De la tierra, es tu arma cuando el trueno
Reinar consiente al crimen, y á él te vende! (1)

VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.



(1) Andrés Chenier, à quien sus compatriotas consideran con razon como el único poeta francés del siglo XVIII, fué siempre fiel á su teoría:

Sur des pensées nouveaux faisons de vers antiques.

Chenier tuvo el mismo terrible fin que su heroína, pues fué guillotinado el 9 thermidor, año II de la República (25 de Julio de 1794). La ejecucion de la celebrada heroína Maria Ana Carlota de Corday d' Armont se verificó á las cinco de la tarde del dia 17 de Julio de 1793, cuatro dias despues de la muerte de Marat.



LAS TRES DE LA MAÑANA (1)



En el reloj de la Puerta del Sol acaban de dar las tres. Los bailes de máscaras, han cerrado sus puertas, y la multitud que durante cuatro ó seis horas, ha disfrutado de la orgía loca de la Zarzuela, Circo y demás bailes de máscaras, retirase mística y atolondrada, fatigada y ojeyrosa á sus casillas, no sin antes concluir la obra y coronar la fiesta.

Las buñolerías abren sus puertas, cuando se cierran las de los bailes de máscaras; la hez de estos es la flor y nata de aquellas.

Cuadro extraño por cierto el de estos establecimientos. Véncense en ellos los buñoleros, con mandiles y gorros blancos, desperezando brazos y piernas, bostezando, haciendo mil contorsiones, rivalizando con los clowns de Price. Encendidas las hogueras, el olor del aceite *refinado*, principia á embalsamar los transeuntes y á conquistarlos. Limpian los mozos los veladores grasientos y las bandejas de zinc; la hornilla del café chisporrotea y

(1) De un librito inédito, titulado *Las Veinticuatro horas de Madrid*, y que se publicará en breve.

y la colosal marmita, hénase del líquido llamado café por escarnio, bautizado ya hace tiempo por nuestros madrileños, con el clásico nombre de agua de castañas, enjuague en cuya elaboración entran tan diversas materias, que el químico más hábil, veríase perplejo, para hacer el análisis. Las copas del aguardiente *bala rasa*, se remojan en agua no muy limpia y todo en fin se prepara para atraer y envenenar al místico bailarín, al sereno del barrio, al barrendero de la villa, á algun que otro *quindilla* á los que no duermen bajo techo por puro lujo y á otra infinidad de tipos, que forman el más abigarrado conjunto y sin los cuales nuestra coronada villa, perdería mucho de su especial fisonomía.

Principian ya los buñoleros á dar vuelta á la masa. Lán-lazan en pequeños trozos, formando remolinos en la hirviente caldera, hasta que reúnen una flota, que arrebatada con presteza por diligente mozo; sirve muy pronto de pasto á los estragados estómagos de los concurrentes. El higiénico moka y el tónico *chinchon* coadyuvan á la digestión y sirven de aperitivo en este almuerzo matutino, con el que se envenena, autorizadamente por supuesto, á los parroquianos.

Así entre las careajadas de unos, los ronquidos de otros y las disputas de los mozos rechazando á los que convierten la buñolería en dormitorio gratuito, alumbrado el cuadro por pálida luz de gas ó de petróleo revolucionario, va renovándose sin cesar aquel grotesco público.

Los que han bailado el último cotillón en la Zarzuela y han acudido á tomar la mañana, entraron aun sostenidos por el calor benéfico y sin sentir el cansancio. Pero poco á poco los excesos de la noche se dejan notar; el cuerpo se entumece, un malestar general se apodera del individuo y cuando despues de haber gastado la última peseta, se retiran al hogar, van destrozados moral y materialmente, místios y atolondrados.

Corramos un velo para no indagar si en casa, les aguar-

da algun pobre ser, y si á la siguiente mañana no habrán de estar fieles en su puesto para ganar en varios dias de trabajo el derroche de la noche anterior.

Los que quedan en nuestros más matutinos establecimientos, esos *seres felices* de la madrugada, los barren-deros, esos no han derrochado su jornal; no han apurado ni el Jerez ni el Champagne, muy al contrario; habrán dormido sobre duro gergon, en nauseabundo dormitorio de esos que por desgracia abundan en los barrios bajos de Madrid, dónde se respira atmósfera de bodegon ó de alcantarilla. Esos, despues de tomar el aguardiente que abrasa y el café que envenena, no descansarán en mullido lecho; agúárdales la diaria tarea. A las tres de la mañana principia el dia para estos, y á las tres de la mañana termina para los otros.

ENRIQUE COLL.





LA GRANDEZA DE LA CREACION.



Entre los estudios más curiosos de la naturaleza figura sin duda alguna, el de la *geogenia* ciencia que estudia todas las hipótesis sobre la formación de los mundos y en particular del planeta Tierra.

Uno de los pocos puntos en que los astrónomos están completamente de acuerdo, es en considerar al principio la materia, en un estado de difusión tan grande, que ocupaba la inmensidad del espacio agrupándose después alrededor de determinados centros para dar origen à los cuerpos planetarios.

Considerando el orden natural de las grandes operaciones físicas que sufrió la materia en los orígenes de el mundo actual mediante el desenvolvimiento de las leyes impuestas por el Creador, debió ser aquello una masa caótica y nebulosa destinada à formar los diversos mundos en cuyo seno nació la gran conflagación que la convirtió en luminosa y que nos ha sido expresada con la imponente frase de *fiat lux*. Esta hipótesis sobre el estado gaseoso de los mundos, es una idea tan grande y sencilla

à la vez; que como dice el ilustre Delabèche «se ve uno irresistiblemente arrastrado à aceptarla por que concuerda perfectamente con la unidad de plan que evidentemente presidió à la creacion.

Estudiemos las transformaciones de uno de éstos centros separados de la masa gaseosa que ha de ser el origen de nuestro sistema planetario. Este centro llamado Sol, fué pasando de el estado gaseoso à otro más solido ó pastoso que moviéndose con grandísima velocidad sobre su eje de rotacion; fué arrojando uno por uno lejos de sí en virtud de la fuerza centrifuga; los diversos planetas, los satélites, los cometas, los que movidos por la fuerza atractiva de el Sol, por efecto de la gravitacion y buscando la resultante de la linea que trazaron en un principio al ser éstos cuerpos lanzados por el Sol; trazaron el camino de su órbita que los hace girar constantemente al rededor de esa estrella centro de nuestro sistema planetario.

Entonces se verificó aquel acto grandioso al que debió nuestro globo quedar independiente de los demás mundos separados por la masa caotica. Entonces se formó el espacio libre al rededor de cada uno de los cuerpos celestes esto es: el *firmamentum* segun los libros sagrados. ¡Qué maravillosa armonia entre los últimos descubrimientos de la ciencia de la Naturaleza y lo que nos enseña el génesis y los libros santos!

Tenemos ya la Tierra viajando por los inmensos espacios, siguiendo la órbita que el Creador le trazara al rededor de el Sol. En virtud de la elevadísima temperatura de éstos planetas por efecto de su rápido movimiento de rotacion, se fueron formando anillos cósmicos sobre su masa pero no obedeciendo éstos à los impulsos de sus planetas por su constitucion sumamente gaseosa, se formó naturalmente otro cuerpo lo mismo que habia yá hecho el planeta al desprenderse de el Sol, y hé aqui cómo se formó el primer Satélite.

Reunidos éstos cuerpos por la fuerza atractiva de sus planetas respectivos de mayor masa que ellos, fueron obligados á seguirles en su marcha y á trazar en derredor de ellos una òrbita en cierto número de dias segun las distancias. De ésta manera se esplica perfectamente la formacion de el anillo de Saturno, pues al verificarse ésta evolucion de los anillos cosmicos que se habian de convertir en Satélites, el de Saturno, era de tanta masa que éste planeta no tuvo energia suficiente para que se verificara el completo desprendimiento.

Esta teoria de Laplace admitida por casi todos los astrónomos, es la que esplica todos los fenómenos cósmicos que se verificaron en ésta grande obra de la Creacion, y que como garantia inmensa diremos que está tan perfectamente de acuerdo con la Biblia que se comprende lo inspirado por Dios que fué Moisés euando desconociendo por completo la ciencia geológica en aquellos tiempos; describió tan admirablemente en cortos pero persuasivos renglones la grande obra de la Creacion y viniendo los últimos adelantos de la geología á confirmarlos.

Deducimos de lo que precede una útil conclusion, estigmatizar á los materialistas, a esos osados é ignorantes que subordinándolo todo á la materia, no comprenden que sin un Ser Supremo no se puede imprimir movimiento ó vida á lo que es inerte materia: ¡los insensatos confunden al maquinista con la máquina, ¡ otros aceptan que esta materia está provista de actividad inata, original: pero no adivinan que bajo el velo de estas fuerzas se esconde el dedo divino que las imprimió vida.

Otro dia nos ocuparemos de refutar estas escuelas con sus mismas armas, es decir con el auxilio de las ciencias naturales que tan desdichada y torcidamente las interpretan. De la misma manera que entre los innumerables partidos politicos españoles hay uno que con su hipocresía y poniendo á nuestra Santa Religión por pantalla para el mejor logro de sus ruines aspiraciones politicas, están

perturbando tantas conciencias; así los materialistas ponen á la ciencia por pantalla y la interpretan de una manera absurda. Tanto los unos como los otros son la plaga de la actual sociedad puesto que atacan á la Religión y á la ciencia, las dos grandes palancas de la vida y que mal que les pase á unos y otros son dos hermanas inseparables. Por fortuna la verdad se abre paso siempre y por consiguiente la grandeza de Dios invitándonos á exclamar con el Real profeta *¡«Señor, cuan grandiosas son tus obras; todas ellas han sido por tí sabiamente ejecutadas (1) y los cielos proclaman en verdad tu gloria! ¡Las alabanzas de tus actos se suceden de un día al que le sigue, y si el día nos asombra con sus portentos, la noche prodiga sus tesoros á la ciencia! No hablan ni vocean con estrépito, pero sobre toda la tierra por todo el mundo se estiende su místico lenguaje (2)*

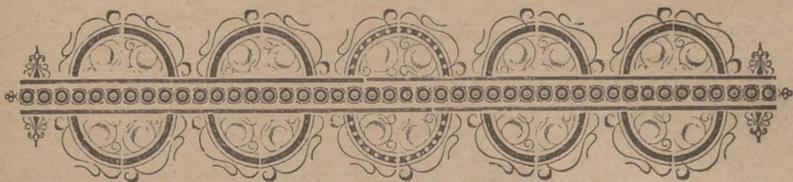
JESUS DE VELASCO

Vitoria 20 Noviembre.



(1) Salmo CIV traducción de P. Patrizi.

(2) Salmo XIX traducción libre.



Una expedición al polo Sur.



Las colonias inglesas de la Australia se han dirigido á la sociedad metropolitana Royal Colonial Institute, para que esta obtenga del gobierno una subvencion de 125.000 pesetas, que con otra suma igual permita equipar dos buques destinados á buscar un paso que conduzca al polo Sur; la colonia se compromete á aprontar otras 125.000 pesetas, y á tomar á su cargo la expedicion; un australiano ha ofrecido ya 25.000 pesetas. La sociedad colonial ha nombrado una comision para informar el asunto, y otra para entenderse con el gobierno; la segunda, aunque no una promesa formal, ha recibido contestacion muy satisfactoria. Dado el apoyo que la prensa inglesa, y la opinion en general prestan á tales empresas, puede darse por seguro que la subvencion se concederá. Inglaterra no puede menos de ver con simpatía esas expediciones, que al mismo tiempo que ayudan á la expansion de sus instintos y necesidades coloniales, contribuyen al esplendor de la ciencia; todo cuanto en expediciones científicas se ha gastado por la gran Bretaña, apenas paga el honor de haber fletado el *Beagle*, en el que Darwin salió en busca de la gran teoría del origen de las especies, y que con las naves de Argos y las carabelas de Colon formará en el porvenir la mas gloriosa trilogia de los anales marítimos.

Tenemos á la vista el informe del ponente de la primera comision de la sociedad Colonial, y creemos que los lectores de la REVISTA verán con gusto un ligero extracto; el ponente es Sir Graham Berry, y forman parte de la comision sábios ilustres como Stokes, Huxley, Richards, Walker y otros.

En primer lugar parece que 250.000 pesetas no es cantidad suficiente para intentar el descubrimiento del Polo, empresa que de resultar factible exigiria la estacion y navegacion continuada de dos años y dos barcos, convenientemente equipados; esto ha sido

preciso en la exploracion del polo norte, y no deben esperarse menos dificultades en la region antártica; así pues el millon de reales debe gastarse en una exploracion preliminar, contorneando la region polar antártica. Para este objeto bastaría un solo barco que emplearía el verano polar en recorrer la frontera de los hielos polares, estudiando su carácter y movimientos, y explorando los puntos más apropósito para penetrar en el corazon de esos hielos; dicho se está que con estas observaciones han de coincidir otras relativas á los datos físicos y biológicos de la region explorada.

Despues de esto la Royal Colonial Institute redactará una memoria con el proyecto de la exploracion principal; en ella se admitirán los datos geográficos obtenidos en la preliminar. El conocimiento geográfico de la region vecina al círculo polar antártico está hoy muy adelantado; las navegaciones de Biscoe, y la reciente del Challenger han contribuido á ello; este último como es sabido llevaba á bordo sabios eminentes, que hicieron observaciones interesantísimas respecto al carácter y movimientos de los hielos, temperatura y profundidad de las aguas, naturaleza del fondo...; desgraciadamente no estaba el barco acondicionado para luchar con los hielos, y al aproximarse el invierno tuvo que retroceder al norte.

Algunas personas competentes preguntan sino sería más ventajoso gastar desde luego las 250.000 pesetas en hacer una exploracion más completa de la region conocida con el nombre de Tierra Victoria. Ross, Wilke y otros navegantes están convencidos de que el paso al Polo debe intentarse por aquí; y las razones son que en esta region, situada al Sur de Nueva Zelanda, existen las mayores estensiones de tierra descubierta, y por lo tanto las mayores probabilidades de encontrar un buen puerto para estacion de invierno base indispensable de operaciones. toda vez que es incompatible con una tentativa seria el regreso al norte durante el invierno., Ross, que descubrió Tierra Victoria en 1843, no pudo explorarla, pero debe tenerse en cuenta que navegaba á la vela y hoy se dispone del vapor. Además en realidad la única tierra firme pisada por planta humana en el polo Sur es ésta, en la que desembarcaron Ross y D'Urville; los demás navegantes hablan siempre de tierras vistas á distancia, y no siempre en términos precisos; el Challenger, por ejemplo, no pudo reconocer la tierra Termination que menciona Wilkes, y eso que llegó más al Sur de la posicion señalada á aquella por el navegante. Los más probable es que los hielos durante el invierno formen una barrera infranqueable ó poco menos, ligando tierra Victoria con otras islas más ó menos estensas; la narracion del viage de Challenger resu-

me todo lo que hoy se sabe respecto al supuesto Gran continente antártico «Que existe un gran territorio al Sur del paralelo 65 y entre los meridianos 100 y 180 grados Este, asi como entre los 45 y 60 grados Este; lo que no se sabe es si entre los 100° y los 60° la tierra está interrumpida, y solo existen islas separadas por aguas poco profundas; el hielo que arranca de tierra firme forma la barrera que se ha citado, vista por Ross, Wilkes y D' Urville, y solo puede conjeturarse si cubre tierra ó agua por deducciones no muy seguras sacadas de la temperatura en las regiones inmediatas» Esto indica que toda exploracion debe ir provista de grandes cantidades de dinamita y de cañones de grueso calibre.

En el informe de Sir Graham se recuerdan algunas particularidades que distinguen la zona glacial antártica, de la ártica, ya hoy mejor conocida. En primer lugar los campos flotantes de hielo son mucho más estensos en el Sur que en el Norte, y mientras en esta última region un barco aprisionado puede esperar su libertad cortando un canal á través del hielo, es imposible hacerlo asi en el Sur. En el Norte se observan canales de libre navegacion, debidos sin duda á que las tierras más altas determinan corrientes atmosféricas y marítimas que abren esos pasos á veces de 20 y 30 millas; mientras que en el Sur, donde no existen esas corrientes tan determinadas, apenas la rotura de un témpano abre un pasó se cierra éste por la interposicion de otro témpano. En cambio por la misma razón es más fácil en el Sur escapar de un choque contra los témpanos, que no tienen tanta velocidad.

En una expedicion al polo antártico debe irse preparado á encontrar hielos flotantes á los 48°, montañas de hielo (icebergs) á los 50°, y á partir de los 60° empiezan los peligros sérios para los navegantes. Una exploracion preliminar exige que el barco llegue á la region del hielo á principios de Noviembre, y no debe volver hasta fines de Febrero, ó mediados de Marzo; Ross en 1841 aguantó hasta el 20 de Marzo á 65°, y en 1843 á 71 grados hasta el 5 de Marzo.

Escritas las líneas anteriores leemos en el *Times* que el secretario del colonial Institute ha recibido una comunicacion del secretario de Lord Salisbury asegurándole que el presidente del gabinete hará todo lo posible para que la exploracion del polo Sur se emprenda lo más pronto posible. Procuraremos tener á nuestros lectores al corriente de esta interesante empresa.

FLÜGELN.





Crónica local.



Pensando en las dulzuras infabiles del *dolce far niente*, disponiame á no hacer nada, y á pasar el día pensando en los siete durmientes, en el rey que rabió, y en la inmortalidad del cangrejo; pero había contado sin la huéspedea, ó mejor dicho sin mi primo Caton, que ha venido á verme y me ha dicho:

—Espero, querido primo, que no me negarás el favor que vengo á pedirte. Sé que me quieres de veras, y conozco cuanta es la bondad de tu corazón.

—Ese preámbulo es muy alarmante;—contesté. Me parece que vas á darme un sablazo, y te advierto, para que no pierdas el tiempo, que atravieso una espantosa crisis monetaria. Apenas puedo disponer de dos pesetas.

—Eso se llama curarse en salud, primo. No voy á pedirte dinero ni cosa que lo valga; sino una *crónica* para la REVISTA DE VIZCAYA. Tengo obligacion de hacerla, y me falta tiempo para ello.

—Sabe Dios, Caton de mi vida, que quisiera complacerte; pero ¿qué voy á decir en esa *crónica*?

—Algo de lo que habrás visto por ahí estos días. ¿Has ido al teatro Gyarre? ¿Te gusta la señorita Mendez?

—Amelia Mendez me gusta como artista, y no me gusta menos como mujer hermosa y elegante. Ya sabes que no soy de palo, y que me muero por el bello sexo cuando es bello de veras; pues hay en el llamado *bello sexo* ejemplares capaces de asustar al mismísimo Satanás. Mi suegra por ejemplo.

—Deja esos malos pensamientos, y piensa únicamente en la *crónica*. Debes empezarla con un parrafito relativo al teatro Gyarre, sin olvidarte de dedicar algunas frases halagüenas al empresario Sr. Dotesio, quien, como no ignoras, es hombre amabilísimo.

—Lo es sin duda alguna. Y sin embargo me dijiste que á pesar de que envía localidades de favor á todos los periódicos, no ha enviado ninguna á la REVISTA DE VIZCAYA.

—Es cierto; pero se lo perdono. porque estoy seguro de que ha sido por olvido y no por tacañería. Puedes, pues, decir cuanto de bueno se te ocurra del citado empresario y de su teatro.

—¿Y luego?

—Debes dedicar algunas líneas al concierto del eminente pianista Planté. Creo que, á pesar de tu poca afición al piano, no te aburrirte aquella noche.

—No por cierto. No creía yo que con tan ingrato instrumento se podía hacer lo que Planté hace. ¡Es una maravilla! ¡Qué perfección, qué delicadeza, qué brio! Así es que el entusiasmo del público rayó en delirio.

—Supongo que entre el público habrá habido muchas niñas hermosas y elegantes.

—Ciertamente; pero muy poco podría decirte de ellas, pues apenas miré mas que á una divina criatura que me tiene casi sorbidos los sesos.

—¿Y quién es ese angel, primo Jocundo?

—Solo te diré por hoy que se llama Carmita, y que es una criatura deliciosa.

—Pues no dejes de mencionarla en la crónica. Luego, del teatro de Iturribide pasas de un salto al fronton de Deusto. ¿Qué te pareció del partido entre Brau y Sarasqueta?

—Que Brau hizo prodigios y que el *Chiquito de Eibar* estuvo extremadamente flojo. Solo así se comprende que su competidor le dejara en 30 tantos para los cincuenta á que era el partido. Solo tres ó cuatro veces nos recordó *el Chiquito*, con magníficadas jugadas, que es el maestro admirado y admirable.

—Con el mayor encarecimiento te recomiendo que en la Crónica no dejes de decir algo de ese partido. Sabes que en nuestra península hay tres clases de sangre: sangre torera, sangre flamenca, y sangre *pelotari*. La tercera corresponde á esta región.

—¿Y luego? Por que me parece que con lo dicho no basta para una crónica, ni si quiera para una cróniquilla. ¿Hay algo más?

—Sí por cierto. Bien merece algunos renglones la conferencia de la Sociedad *El Setio*, sobre *el concepto del Derecho*. El conferenciante, nuestro querido amigo D. Ismael de Olea, nos dió una elocuente, erudita y brillante disertación, mostrándonos que es orador de buena ley y pensador profundo. No será difícil que, gracias á la amabilidad del Sr. Olea, aparezca en estas páginas tan bella y aplaudida oración, y eso te dispensa de decir más acerca de la misma.

—¿Y debo con eso terminar la crónica?

—No, Jocundo de mi alma. Tienes que consagrar algunas líneas á las publicaciones que hay sobre la mesa. Has visto la *Euskalerria* de San Sebastian?

—De esa simpática publicación han visto la luz los números 264 y 265. En ellos, además de la continuación de los trabajos comenzados, hay notables trabajos de los Sres. Arrese, Delmas, Iturriaga, Artola, Echaide, Iturralde, Landa, Camino y otros.

—¿Y qué periódico es ese en cuya primera plana se ostenta el santo emblema de la confederación vasco navarra?

—Es el *Laurak-bat* de la Habana, discreto y notable órgano de la simpática asociación benéfica del mismo nombre que tantos y tan desinteresados servicios presta á nuestros queridos paisanos en la perla de las Antillas

—Creo que ahora, para terminar la crónica, podrías citar algunos de los sucesos notables que se conmemoran en la segunda quincena de Noviembre.

—No tengo inconveniente. El 16 de Noviembre de 1811 nació Juan Bright, el más elocuente de los oradores ingleses contemporáneos; el 18 de Noviembre de 1851 se verificaron los funerales del duque de Wellington, llamado por sus compatriotas *el Duque de hierro*; el 22 de Noviembre de 1757 se dió la batalla de Breslau; el 24 de Noviembre de 1572 murió el famoso predicador escocés Juan Knox; el 23 de Noviembre de 1859 murió el celebrado escritor Washington Irving, cuyo nombre lleva una conocida y frecuentada fonda de Granada, el 29 de Noviembre de 1530 falleció el cardenal Wolsey; y el 30 de Noviembre de 1808 se dió la batalla de Somosierra.

—Pues en que escribas lo dicho basta para hacer la crónica que necesito. Un poco corta resultará; pero así habrá más espacio para originales de mayor interés.

—¿No ves que ya está hecha, alma de cántaro?

—¿Puedo, pues, enviarla á la imprenta?

—Sin duda alguna. Pero primero debes estampar ahí tu nombre y apellido, con todas sus letras.

—Mejor quisiera firmaran con *nominis umbra*, con prendómino.

—Déjate de prendóminos, y pues nada has dicho de que puedas avengozarte, pón tu verdadero nombre, que aunque modesto, es honrado y respetable.

—Aquí está:

JOCUNDO DE GATIKA.





SECCION DE CURIOSOS.

En esta seccion publicaremos todas las preguntas que nos parezcan *publicables*, y que sobre cualquier asunto se nos remitan con ese objeto por nuestros lectores. Insertaremos tambien todas las respuestas que nos parezcan *publicables*, y que se refieran á preguntas que hayan visto la luz en esta seccion. Las preguntas se repetirán en todos los números, mientras no obtengan respuesta que nos parezca satisfactoria.

PREGUNTAS.

- 1 ¿Cuál es el blason de los Oquendos antes del famoso almirante de ese nombre?
- 2 ¿Cuál es el blason de la misma familia despues del almirante?
- 3 ¿Cuáles son los descendientes varones y hembras del almirante, ó sea el arbol genealógico de la familia á partir del heróico marino guipuzcoano?
- 4 ¿Cuál es el grado de parentesco que tenía con el almirante un don Luis de Oquendo que á mediados del siglo pasado hizo un papel considerable en el Perú. D. Luis casó en 1775 con una nieta de D. Ignacio Torquemada, Marqués de Soto Hermoso, y de esta unión proceden los Oquendos actuales del Perú.
- 5 ¿Cuáles fueron las compañías navales del gran Oquendo, y en qué libros ó manuscritos se habla de ellas?
- 6 ¿Cuál fué la primera imprenta que hubo en la region vasconavarra, y en qué año se fundó?
- 8 ¿De qué pueblo era natural el famoso marino vascongado Portuondo?
- 9 ¿En qué remedios caseros se emplea el romero en la región vasco-navarra?

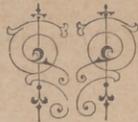
10. ¿Había algunos vizcaínos entre los compañeros de Colon, en su primer viaje á América?

11. ¿Hay en bascuence algún refrán que exprese, poco más ó ménos, la misma idea que el refrán castellano *genio y figura, hasta la sepultura?*

RESPUESTAS.

10. Es fama que entre los compañeros de Colon en su primer viaje á América, habia varios vizcaínos. Lo fué sin duda Diego de Arana, en quien el insigne genovés tenia grandísima confianza, como lo prueba el hecho que en los siguientes términos cita Mariana, hablando del primer viaje del gran descubridor:..... “descubrió estas islas que llamó las islas del Príncipe. Reparó por aquellas partes algunos dias, y dejados en un castillo que hizo allí algunos compañeros de los suyos, y por capitán á Diego de Arana, dió la vuelta con las nuevas y muestra de las riquezas que dejaba descubiertas.”

11. En bascuence hay un refran que expresa, poco más menos, la misma idea que el refran castellano *genio y figura, hasta la sepultura*, y es el que dice *acerrijari ulia juan, baña anza es*; esto es: *el raposo, aunque se le caiga el pelo, tendrá las mismas mañas.*



REVISTA DE VIZAYA

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

Esta revista se publica los dias 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas con su cubierta de color. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; dedica especial atencion al movimiento intelectual moral y material de las provincias.



EN TODA ESPAÑA.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Tres meses.	5 pesetas	Tres meses.	7 pesetas
Un año	17 »	Un año	24 »

Número suelto, una peseta.

PUNTOS DE VENTA EN BILBAO

Librería de D. Juan E. Delmas, Correo 24.—Librería de
D. Antonio Apellaniz, Libertad 1—D. Eduardo Delmas, Correo 8

